

en fila. Permanecen allí cerca de media hora en el mayor silencio, y es imposible que no cause conmoción semejante espectáculo : ignórase lo que piden, no se oyen sus secretos gemidos ; pero son ancianos, y nos preceden en el camino del sepulcro : ¿ nos concederá Dios la gracia, cuando pasemos á esta terrible vanguardia, de ennoblecer nuestra ancianidad bastante para que el ocaso de la vida sea el primer día de la inmortalidad ?

Corina también, la joven y hermosa Corina, estaba de rodillas detras de la comitiva de los sacerdotes, y la suave claridad que alumbraba su rostro, descoloria su tez, sin hacer ménos vivo el resplandor de sus ojos. Osvaldo la miraba en aquella situación como una pintura embelesadora, y como un ser adorado. Levantóse cuando acabó de orar : lord Nelvil no osaba acercarse, respetando la meditación religiosa en que le parecia sumida ; mas ella se llegó á él con un arrebató de felicidad, y esparciéndose aquel sentimiento en todo lo que hacia, recibió con vivo gozo á los que la hallaron en San Pedro, vuelto de repente como un gran paseo público, donde todos se citan para tratar de sus negocios ó sus placeres.

Admirábase Osvaldo de aquella volubilidad que hace sucederse impresiones tan diversas ; y aunque la alegría de Corina le hacia dichoso, le sorprendia no hallar en ella vestigio alguno de las sensaciones anteriores : no acertaba á entender cómo se permi-

tía que aquella hermosa iglesia fuese, en un día tan solemne, el café de Roma, donde se juntaban para divertirse ; y mirando á Corina, en medio de su círculo, hablar con viveza, sin acordarse de los objetos que la rodeaban, concebió un sentimiento de desconfianza sobre la ligereza de que podia ser capaz : ella lo advirtió al momento, y separándose repentinamente de los que la acompañaban, cogió á Osvaldo del brazo para pasearse con él por la iglesia, y le dijo : — Nunca os he hablado de mis sentimientos religiosos ; permitid que lo haga hoy, por si acaso consigo de esta manera disipar las nubes que he visto levantarse en vuestro pecho.

CAPITULO V

La diferencia de nuestras religiones, querido Osvaldo, prosiguió Corina, es causa de ese secreto descontento que no podeis dejar de manifestarme. La vuestra es severa y triste, la nuestra viva y tierna. Generalmente se cree que el catolicismo es mas riguroso que el protestantismo, y acaso será esto cierto en los países donde han luchado ambos cultos ; pero en Italia no hemos conocido las discu-

siones religiosas, mientras Inglaterra ha sufrido muchas; así ha resultado que el catolicismo ha tomado en Italia un carácter de suavidad y de indulgencia, y en Inglaterra la reforma para destruir la religion católica se ha armado de la mayor severidad en sus principios. Es verdad que nuestro catolicismo impone á los que abrazan la profesion monástica duras penitencias; este estado, escogido libremente, es una relacion misteriosa entre el hombre y la divinidad; pero la religion de los seglares en Italia, es un manantial continuo de tiernas sensaciones. Las virtudes principales de nuestra religion son el amor, la esperanza y la fe, y todas estas virtudes anuncian y dispensan la dicha. En lugar pues de que nuestros sacerdotes nos prohiban en ningun tiempo el sentimiento de una pura alegría, nos dicen que este sentimiento expresa nuestro agradecimiento por los dones del Criador: lo que exigen de nosotros es la observancia de las prácticas que prueban nuestro respeto al culto que profesamos, y nuestro deseo de ser agradables á Dios; y la caridad con los desgraciados, y el arrepentimiento de nuestras flaquezas; mas no se niegan á absolvernó, cuando se lo pedimos con sincero anhelo; y aquí mas que en ninguna otra parte encuentran los afectos del corazon una compasion indulgente. ¿No dijo Jesucristo de la Magdalena: *Mucho le sera perdonado, porque amó mucho?* Estas palabras fueron dichas bajo un cielo tan hermos

como el nuestro; y este mismo cielo implora en nuestro favor la misericordia divina.

— ¿Cómo he de oponerme, respondió lord Nelvil, á palabras tan dulces, y que mi corazon necesita tanto? Lo haré, sin embargo, porque no amo á Corina para un dia, y espero con ella largo espacio de felicidad y de virtud. La religion mas pura es la que sacrifica nuestras pasiones, y hace de ellas y del cumplimiento de nuestros deberes un homenaje continuo al supremo Ser. La paternidad, esta noble imágen de un Señor soberanamente bueno, no pide á los hijos cosa alguna sino para hacerlos mejores ó mas felices.

— Sois severo, querido Osvaldo, repuso Corina, y no es la vez primera que lo he advertido. Si la religion consistiese únicamente en la exacta observancia de la moral, ¿qué tendria mas que la filosofia y la razon? ¿ni qué sentimientos piadosos se desarrollarian en nosotros, si nuestro principal fin fuese ahogar los sentimientos del corazon? Los estoicos sabian casi tanto como nosotros acerca de las obligaciones y la austeridad de la conducta; pero lo que solamente se debe al cristianismo es el entusiasmo religioso que se junta á todos los afectos del alma; el poder de amar y de compadecer; el culto de ternura y de indulgencia que tanto favorece el vuelo del alma hácia el cielo. ¿Qué significa la parábola del hijo pródigo, sino el amor sincero preferido aun al mas exacto cumplimiento de todos los

deberes? Aquel hijo habia abandonado la casa paterna, y su hermano permaneció en ella; habíase sumido en todos los deleites mundanos, y su hermano no se separó un punto de la regularidad de la vida doméstica; pero volvió, lloró, amó, y su padre hizo una fiesta por su vuelta. ¡ Ah! sin duda que en los misterios de nuestra naturaleza amar y mas amar es cuanto nos ha quedado de nuestro celestial patrimonio: nuestras mismas virtudes suelen estar demasiado complicadas con la vida, para que podamos siempre comprender lo que es bueno, lo que es mejor, y cuál es el sentimiento secreto que nos dirige y nos extravía. Yo pido á mi Dios que me enseñe á adorarle, y conozco el efecto de mis plegarias en las lágrimas que derramo; pero para sostenerse en esta disposición se necesita mas de lo que pensais de las prácticas religiosas, porque son una relacion constante con la divinidad, y acciones diarias separadas de todos los intereses de la vida, y dirigidas puramente hácia el mundo invisible. Los objetos exteriores tambien favorecen mucho á la piedad, y el alma recae sobre sí misma, si las bellas artes, los magníficos monumentos, y los cantos armoniosos, no acuden á reanimar aquel genio poético que es igualmente el genio religioso.

El hombre mas vulgar, cuando está en oración, cuando padece, y espera en el cielo, tiene dentro de sí en aquel instante alguna cosa que se explicaria como Milton, como Homero, ó como el Tasso, si la educa-

ción le hubiese enseñado á vestir sus pensamientos con palabras. Solo hay en la tierra dos clases distintas de hombres, los que sienten el entusiasmo, y los que le desprecian; todas las demas diferencias son trabajo de la sociedad. Aquel no tiene voces para sus sentimientos; este sabe decir lo que debe para encubrir la variedad de su corazón; pero el manantial que brota de la misma peña, á la voz del cielo, es el manantial del verdadero talento, de la religion verdadera, y del verdadero amor.

La pompa de nuestro culto, esas pinturas en que los santos arrodillados expresan en sus miradas una oración continua; esas estatuas colocadas sobre los sepulcros, como para despertar un día con los muertos; esas iglesias, y sus inmensas bóvedas, tienen íntima relacion con las ideas religiosas. A mí me agrada este brillante homenaje que los hombres rinden á lo que no les promete fortuna ni poder, á lo que no los castiga ni los recompensa sino por un sentimiento del corazón: me envanezco entonces de mi ser; conozco en el hombre cierto desinterés; y aunque se multipliquen demasiado las magnificencias religiosas, me complace esa prodigalidad de las riquezas terrestres para otra vida, y del tiempo para la eternidad: hartas cosas se hacen para mañana, hartos cuidados se emplean en la economía de los negocios humanos. ¡ Oh! ¡ cómo me agrada lo inútil! lo inútil, si la existencia no es mas que un trabajo penoso por una ganancia despreciable; pero si esta-

mos en camino para el cielo en esta tierra, ¿ qué cosa mejor podremos hacer que levantar nuestra alma para que conozca lo infinito, lo invisible y lo eterno en medio de todos los límites que la rodean ?

Jesucristo dejaba que una mujer débil, y acaso arrepentida, regase sus piés con las mas preciosas esencias; y reprendió á los que aconsejaban que reservase aquellos bálsamos para otro uso mas útil, diciendo: *Dejadla, porque yo he de estar poco tiempo con vosotros.* ¡ Ay ! todo cuanto existe en esta tierra bueno y sublime, está poco tiempo con nosotros; la edad, las enfermedades, la muerte, secarán muy presto esa gota de rocío que cae del cielo, y no descansa mas que en las flores. Dejados pues, querido Osvado, dejados confundirlo todo, amor, religion, genio, y el sol y las esencias, y música, y poesía; el ateísmo consiste en la tibieza, el egoísmo en un corazon vil. Jesucristo dijo: *Cuando dos ó tres se hallen juntos en mi nombre, yo estaré en medio de ellos.* Y ¿ qué cosa es, Dios mio, estar juntos en vuestro nombre, sino disfrutar de los presentes sublimes de vuestra hermosa naturaleza, y haceros homenaje de ellos, y daros gracias por la vida, y agradeceros sobre todo que un corazon criado tambien por vos corresponda todo entero al nuestro ?

En aquel instante animaba la fisonomía de Corina una inspiracion celestial. Apenas pudo Osvado resistir, y no arrojarse á sus piés en medio del templo;

calló largo rato para entregarse al deleite de recordar sus expresiones, y hallarlas de nuevo en sus ojos; mas al fin quiso responder, y no abandonar la causa que tanto amaba. Entónces dijo: — Corina, permitid á vuestro amigo algunas palabras mas: su alma no carece de sensibilidad; no, Corina, creedlo; y si me agrada la austeridad en los principios y en las acciones, es por lo mismo que hace mas profundos y mas duraderos los sentimientos. ¿ Qué puede añadirse á las ideas sublimes de la existencia de Dios, y de la inmortalidad del alma; á estas ideas que la reflexion revela á la par con el instinto del corazon? ¿ á su union con la virtud? ¿ qué ha de añadirseles que no sea inferior á ellas? El entusiasmo poético que tanto os embelesa, no es, á mi parecer, la devocion mas saludable, porque, Corina, ¿ cómo es posible prepararse por ese medio á los sacrificios sin número que exige de nosotros la obligacion? No habia revelacion sino para los arrebatos del alma, cuando el destino humano, futuro y presente, solo se mostraba por entre nubes al entendimiento; pero para nosotros, á quienes le hace el cristianismo claro y positivo, la ternura puede ser recompensa, mas no nuestra única guía: de suerte que vos pintais la existencia de los bienaventurados y no la de los mortales. La vida religiosa es un combate no un himno. Si no estuviésemos condenados en este mundo á refrenar las malas inclinaciones ajenas y las nuestras mismas, no habria, en efecto, mas dis-

tincion que la de almas frias, y almas exaltadas; pero el hombre es una criatura mas indócil y mas temible que vuestro corazon le pinta; y la razon en la piedad, y la autoridad en el deber, son un freno preciso para sus orgullosos extravíos. Un filósofo aleman ha dicho: *No conozco mas que dos cosas hermosas en el universo, el cielo estrellado sobre nuestras cabezas, y el sentimiento del deber en nuestros corazones.* En verdad todas las maravillas de la creacion están reunidas en estas palabras.

Corina, la sencillez reconcentra y perpetúa los afectos. Yo he visto desenvolverse á un hombre con la conducta mas pura y mas austera una ternura inagotable; le he visto conservar aun en la ancianidad una virginidad de alma, que precisamente habrian mancillado las borrascas de las pasiones, y los yerros que hacen cometer. Es cierto, el arrepentimiento es hermoso, y yo, mas que nadie, necesito creer en su eficacia; pero el arrepentimiento repetido cansa el alma, y cuando la flaqueza humana se acostumbra á él, pierde el vigor para amar, porque para amar, á lo ménos constentamente, es menester vigor.

Por otra parte las sensaciones que se mandan son ménos poderosas que las que nacen de ellas mismas para la fantasia modesta y retirada como el corazon. Yo vi en las Cevenas á un sacerdote que predicaba al anochecer en el centro de los montes, invocando los sepulcros de los franceses proscriptos y desterrados

por sus hermanos, cuyas cenizas se habian trasladado de nuevo allí. Prometia á sus amigos que los hallarian en otro mundo mejor; afirmaba que una vida virtuosa nos aseguraba aquella felicidad, y decia: *Haced bien á los hombres, para que Dios cicatrice en nuestro corazon la herida del dolor.* Admirábase de la inflexibilidad, y de la dureza que el hombre de un dia muestra al hombre de un dia como él, y se apoderaba del terrible pensamiento de la muerte que los vivos han concebido, mas que no agotarán nunca. En fin, nada anunciaba que no fuese tierno y verdadero; y sus palabras estaban perfectamente de acuerdo con la naturaleza. El torrente que se oia á lo léjos, la luz centellante de las estrellas parecia que explicaban con otra forma el mismo pensamiento. Allí estaba la magnificencia de la naturaleza, aquella magnificencia que no ofende al infortunio, y en su sencillez majestuosa conmovia profundísimamente el alma.

Dos dias despues de esta conversacion, el dia de Pascua, estaban juntos Corina y lord Nelvil en la plaza de San Pedro, cuando el Papa se adelanta al balcon mas elevado de la iglesia, y pide al cielo la bendicion que va á derramar en la tierra; al pronunciar estas palabras: — á la ciudad y al mundo (*urbi et orbi*), todo el pueblo reunido se arroja de rodillas, y Corina y lord Nelvil conocieron por la conmocion que experimentaron en aquel momento, que el sentimiento religioso enlaza íntimamente á

los hombres, cuando el amor propio y el fanatismo no le tornan objeto de odio y de celos : orar juntos en cualquiera lengua, es la fraternidad mas tierna de esperanza y de simpatía que pueden contraer los hombres en este mundo.

CAPITULO VI

Habia pasado el dia de Pascua, y no hablaba Corina de cumplir su promesa confiando su historia al lord Nelvil, quien ofendido de semejante silencio dijo un dia delante de ella que alababan mucho las bellezas de Nápoles y deseaba verlas. Corina, penetrando al instante lo que pasaba en su corazon, le propuso acompañarle, y con esta prueba de cariño que debia satisfacerle, creia poder retardar las declaraciones que exigia, discurriendo ademas que si la llevaba era clara señal de que pensaba consagrarle su vida. Aguardaba pues con afan su respuesta, y sus miradas casi suplicantes le pedian que fuese favorable. No pudo resistir Osvaldo ; habíale sorprendido la oferta, y la sencillez con que Corina la hacia ; vaciló algun tiempo en admitirla, pero viendo la turbacion de su amiga, y la agita-

cion de su seno, se llenaron sus ojos de lágrimas, y consintió en partir con ella, sin hacerse él mismo cargo de la importancia de semejante resolucion. Corina se llenó de gozo, porque su corazon se fió absolutamente desde aquel punto en el cariño de Osvaldo.

Señalaron el dia, y la dulce perspectiva de viajar juntos hizo desaparecer todas las demas ideas : recreáronse en disponer los preparativos del viaje, y no habia ninguno de aquellos preparativos que no fuese un manantial de placer. ¡ Feliz situacion del alma en que todas las disposiciones de la vida tienen un encanto particular dependiente de alguna esperanza del corazon ! Harto presto llega aquel tiempo en que cansa la existencia en cada hora, y en el conjunto de todas, en que cada mañana requiere un trabajo para soportar la ausencia del sueño, y sobrellevar el dia hasta la noche.

Cuando salia lord Nelvil de casa de Corina, á fin de prepararlo todo para la partida, llegó el Conde de Erfeuil, y supo por ella el proyecto que acababan de hacer los dos. — ¡ Cómo ! la dijo : ¿ lo habeis meditado bien ? ¡ poneros en camino con lord Nelvil, sin que sea vuestro esposo, sin haberos prometido serlo ! ¡ Y qué hareis si os abandonase ? — Lo que haria, respondió Corina, en todas las situaciones de la vida, si dejase de amarme, ser la criatura mas desgraciada del mundo. — Sí ; pero si no habeis hecho cosa alguna que os comprometa, quedareis

siempre vos, toda cual sois ahora. — ¡ Yo toda cual soy ahora, exclamó Corina, cuando se haya extinguido el sentimiento mas profundo de mi vida ! ¡ cuando se haya despedazado mi corazon ! — El público lo ignoraria, y pudiérais disimular, y no perder nada en su opinion. — Y ¿ para qué quiero yo esa opinion, si no ha de ser un nuevo atractivo para el hombre que yo ame ? respondió Corina. — Cesamos de amar, contestó el Conde de Erfeuil ; pero no cesamos de vivir en medio de la sociedad, y de necesitar de ella. — ¡ Ah ! si yo pudiese pensar, repuso Corina, que llegase un dia en que el afecto de Osvaldo, no fuese para mí lo mas precioso del mundo, si pudiese pensarlo, repito, ya habria dejado de amarle. ¿ Qué es el amor cuando preve, cuando calcula el momento en que cesará de existir ? Si este sentimiento tiene algo apreciable, es porque ante él desaparecen todos los demas intereses, y se complace en el absoluto sacrificio de sí mismo.

— ¿ Qué decís ? repuso el Conde de Erfeuil, ¿ puede una persona de tanto talento llenarse la cabeza de semejantes locuras ? Es ventajoso para nosotros que las mujeres piensen como vos ; porque entónces tenemos sobre ellas mucho mas ascendiente ; pero no ha de perderse vuestra superioridad, y para algo os ha de servir. — ¡ Servirme ! dijo Corina ; ¡ ah ! bastante le debo si me hace conocer mejor todo lo tierno y generoso del carácter de lord Nelvil.

— Lord Nelvil es un hombre como cualquier otro, replicó el Conde de Erfeuil ; volverá á su país, seguirá su carrera, será juicioso, en fin ; y vos arriesgais imprudentemente vuestra reputacion yendo con él á Nápoles. — No sé las intenciones de lord Nelvil, dijo Corina, y acaso hubiera hecho mejor en reflexionarlo ántes de amarle : pero ahora ¿ qué importa un sacrificio ? ¿ no depende mi vida siempre de su cariño ? al contrario, encuentro algun deleite en no dejarme ningun recurso ; nunca le hay cuando el corazon está herido ; mas el mundo puede á veces creer que aun queda, y gusto de pensar que bajo de este mismo aspecto seria completa mi desgracia si lord Nelvil se apartase de mí. — Y ¿ sabe él hasta qué extremo os comprometéis por amarle ? continuó el Conde de Erfeuil. — He tenido gran cuidado de disimulárselo, respondió Corina, y como no conoce bien las costumbres de este país, he podido exagerarle algo la facilidad que ofrecen. Os pido vuestra palabra de no hablarle sobre este punto ; quiero que sea libre, y siempre libre en sus relaciones conmigo ; no puede hacerme feliz con ningun sacrificio. El sentimiento que me hace dichosa, es la flor de la vida, y ni la bondad ni la delicadeza podrian volverla á animar, si llega á marchitarse. Ruégoos pues, querido Conde, que no tomeis parte en mi suerte ; nada de cuanto sabeis de los afectos del corazon me puede servir ; vuestros consejos son juiciosos, bien fundados, y muy oportunos en las si-

tuaciones y en las personas vulgares; pero á mí me haríais un daño cruel inocentemente, si juzgáseis de mi carácter por esas grandes divisiones comunes para las cuales hay máximas establecidas. Yo padezco, gozo y siento á mi modo, y para influir en mi felicidad es preciso observarme á mí sola.

El amor propio del Conde de Erfeuil se ofendia un poco de la inutilidad de sus consejos y de la gran muestra de amor que Corina daba á lord Nelvil; sabia que no le amaba, y que amaba á Osvaldo; pero sentia que todo esto se demostrase tan públicamente: siempre causa el favor de un hombre con una mujer cierto desagrado aun á sus mejores amigos. — Veo que mis esfuerzos son vanos, dijo el Conde de Erfeuil; pero cuando seais muy desgraciada, os acordareis de mí: voy á salir tambien de Roma, pues ya no estareis en ella ni vos ni lord Nelvil, y no podria estar contento durante vuestra ausencia; os volveré á ver ciertamente á uno y otro en Escocia ó en Italia, porque, miéntras se proporciona otra cosa mejor, he tomado aficion á los viajes. Perdonad mis consejos, hermosa Corina, y estad siempre segura de mi sincero afecto. — Dióle gracias Corina, y se separó de él con pesar: habiale conocido al mismo tiempo que á Osvaldo, y aquella memoria formaba entre los dos cierto vínculo que sentia verse romper. Portóse como habia dicho el Conde de Erfeuil; mas por parte de lord Nelvil turbaron algunas zozobras el gusto con que habia

aceptado el proyecto de viaje. Temió que la partida para Nápoles causase algun perjuicio á Corina, y queria conseguir que le descubriese su secreto ántes de marchar, para saber con certeza que no los separaba ningun obstáculo invencible; pero ella le declaró que no se explicaria hasta estar en Nápoles, y le engañó dulcemente sobre lo que podrian decir del paso que iba á dar. Osvaldo se prestaba á la ilusion, porque el amor, en un carácter débil é incierto, engaña á médias, la razon alumbra á médias tambien, y la sensacion presente es la que determina cuál de las dos mitades ha de ser el todo. El entendimiento de lord Nelvil era muy vasto y perspicaz; pero no se juzgaba bien á sí mismo sino en lo pasado: su situacion actual siempre se le presentaba de un modo confuso, y siendo susceptible al mismo tiempo de arrebatos y de remordimiento, de pasion y de timidez, no le permitian estas oposiciones conocerse hasta que el suceso habia ya decidido el combate de su interior.

Cuando los amigos de Corina, y en especial el príncipe de Castel-Forte, supieron su intento, tuvieron mucho pesar: y particularmente el príncipe lo sintió tanto, que resolvió ir dentro de poco á buscarla. No era, por cierto, vanidad caminar en pos de un amante preferido; pero no podia soportar el vacío horroroso de la ausencia de su amiga; no tenia amigo alguno á quien no hallase en casa de Corina, y jamas visitaba otra alguna. La tertulia que

se juntaba al rededor de ella, debía dispersarse con su partida, y seria imposible reunir sus reliquias : el príncipe de Castel-Forte estaba poco hecho á la vida doméstica, y aunque tenia talento, le cansaba el estudio; por tanto le hubiera sido insoportable lo largo del dia, si no hubiese ido por mañana y noche á casa de Corina; mas ahora partia, y ya no sabia qué hacer. Determinó pues, en secreto, aproximarse á ella como un amigo que nada pretende, pero que siempre está pronto para consolar en la desgracia; y semejante amigo debe estar bien seguro de que llegará su tiempo.

Corina sentia tristeza al quebrantar de aquella manera todos sus hábitos; hacia ya algunos años que vivia en Roma de un modo que le agradaba; era el centro de todos los artistas célebres, y de todos los hombres de superior talento; la independencia absoluta de las ideas y de las costumbres, hacia muy grata su existencia : ¿y ahora cuál seria su destino? Si la aguardaba la fortuna de ser esposa de Osvaldo, la llevaria á Inglaterra; ¿y de qué modo la juzgarian allí? ¿cómo se sujetaria á aquel método de vida, tan diverso del que habia seguido seis años? Pero estas reflexiones cruzaban solamente por su entendimiento, y siempre borraba sus ligeras huellas la pasion que tenia á Osvaldo : veíale, oíale, y no contaba las horas sino por su ausencia ó su vista. ¿Quién sabe disputar con la dicha? ¿quién no la recibe cuando llega? Corina, en especial, tenia

poca prevision; no se habian hecho para ella el temor ni la esperanza; su fe en lo porvenir no era clara, y su imaginacion la hacia por este estilo poco bien y poco mal.

La mañana de su partida entró en su casa el príncipe de Castel-Forte, y le dijo, saltándosele las lágrimas : ¿No volvereis mas á Roma? — ¡Ay, Dios mio! sí, respondió ella; dentro de un mes estaremos aquí. — Pero si os casais con lord Nelvil, ¿habreis de abandonar á Italia! — ¡Abandonar á Italia! dijo Corina, y suspiró. — Esta tierra, prosiguió el príncipe, donde se habla vuestra lengua, donde os comprenden tan bien, donde tanto os admiran; y vuestros amigos, Corina, y vuestros amigos, ¿dónde as amarán como aquí? ¿dónde encontrareis la imaginacion y las bellas artes que os agradan? ¿Hace la vida un sentimiento solo? ¿El amor de la patria no consiste en la lengua, en las costumbres, en los hábitos, y no es este amor el que da el mal del país, terrible dolor de los desterrados? — ¡Ah! ¿qué me decís! exclamó Corina, ¿no lo he probado yo? ¿no ha decidido ese dolor de mi suerte? Miró tristemente su aposento, y las estatuas que le adornaban, y luego el Tiber que corria debajo de sus ventanas, y el cielo cuya hermosura parecia que la convidaba á quedarse. Pero en aquel instante pasaba Osvaldo á caballo por el puente Santángelo, y venia con la velocidad de un relámpago. — ¡Ya está aquí! exclamó Corina. — Apenas habia dicho estas pala-

bras, llegó; corrió ella á recibirle, y ambos impacientes de partir se apresuraron á subir al coche. Sin embargo, Corina dijo un amable adios al príncipe de Castel-Forte; pero sus agradables voces se perdieron por el aire, entre los gritos de los postillones, los reñchos de los caballos, y todo el ruido del partir, á veces tan triste, y á veces tan agradable, segun el temor ó la esperanza que inspiran las nuevas probabilidades del destino.

LIBRO UNDÉCIMO

NAPLES Y LA ERMITA DE SAN SALVADOR

CAPITULO I

Envaneceíase Osvaldo con su conquista, y llevándola, no sentia esta vez la pena de la incertidumbre, cuando casi siempre turbaban sus placeres la reflexiones, y los sentimientos: no porque se hallase determinado, sino porque no pensaba en decidirse, y se dejaba arrastrar por los sucesos, esperando que al fin le llevarsen á lo que deseaba. Cruzaron el campo de Albano, sitio donde todavía se muestra el sepulcro de los Horacios y de los Curiacios (1). Pasaron junto al lago de Nemi, y los bosques sagrados que le rodean: allí dicen que Diana resucitó á Hipólito, y no consentia se acercasen á aquel lugar los caba-

(1) En una coleccion de poesías de Madama Brunci, Munster de nacimiento, se halla una descripcion hermosísima del lago Albano.